

8. CÁSTATE CON ALGUIEN QUE TRATE BIEN A LOS EXTRAÑOS, SOBRE TODO A LOS EMPLEADOS, CAMAREROS, PERSONAL DE SERVICIO O A CUALQUIERA QUE ESTÉ POR DEBAJO EN LA LÍNEA JERÁRQUICA. TARDE O TEMPRANO TE TRATARÁ DE LA MISMA MANERA.

POR antiguo que sea el término, existen esas personas que solemos denominar *psicópatas*. Resumiendo, y sin duda simplificando, ese concepto habla de aquellas que no sienten empatía por otros seres humanos, que no se conmueven ante las experiencias de los demás. Nada, excepto sí mismos, les importa. Incluso gozan del ejercicio del poder despótico y aun de hacer daño a los demás. Pero, de entrada, lejos de ser desagradables al trato, con frecuencia pueden ser encantadoras y atractivas. Pueden lograr atraer y enamorar. Las dificultades llegarán después.

Desde luego, cuesta hablar de valores sin deslizarse hacia el moralismo, hacia la autoconsideración de alma bella —expresión acuñada por Friedrich Schiller y popularizada por Goethe— o a la conversión de las propias creencias en éticas universales, sin convertirse, con ello, en un dictador moral de esos a los que el cristianismo nos tiene tan acostumbrados. Aunque sea este un tema pantanoso, hemos de aceptar que hay valores, conductas y actitudes que son necesarios en cualquier mundo que se pretenda humano. No hay sociedad humana que apoye la crueldad entre sus miembros (pero sí con el enemigo). También el proceder amoroso ha de contemplar ciertos valores, ciertos reconocimientos de

derechos y situaciones. No es que haya que empezar una relación leyéndose la declaración de derechos humanos, pero tampoco sería tan mala idea.

Las personas a las que estoy llamando con notable imprecisión *psicópatas* no consideran a los demás como seres legítimos en sí mismos, no pueden amar, solo fascinar, cuyo efecto, por cierto, es una de las más comunes estrategias a la hora de elegir pareja, sobre todo en las mujeres. ¿Alguien duda de la atracción siniestra que ejercía el doctor Hannibal Lecter sobre Clarice Starling, la inspectora de policía en el film *El silencio de los corderos*?

Pero no es necesario llegar a la psicopatía. Sin la conciencia de la fragilidad de lo que somos y lo que tenemos no hay amor posible. Solo desde la vulnerabilidad se puede amar. Para poder llegar a ello, es necesario el desarrollo de la capacidad de compasión, la piedad y la solidaridad con los otros. En el mundo occidental vivimos en una situación de privilegio que no es dependiente de los méritos personales. El que trata de forma insolidaria a los desfavorecidos ignora la profunda injusticia del mundo. Ignora que uno es hijo de sus decisiones, pero también lo es de su procedencia social, de su familia, de su crianza, de su dinero o de su historia... y de la suerte. El mundo no da igualdad de oportunidades ni mucho menos igualdad de puntos de partida. Y ser capaz de apreciar esta injusta situación de la condición humana es fundamental para el desarrollo de esa disposición compleja que llamamos *amor*.

Una manera rápida de observar esto en el ser amado es ver cómo trata a subordinados, marginados, emigrantes o simplemente a los que están en una posición de servicio: empleados, limpiadores, camareros, vendedores. Esas actitudes son una especie de hologramas de cómo es y será su interacción con todas las personas.

Frente a cualquier tipo de subordinación o desvalimiento, podemos tender a adoptar una actitud de superioridad o de solidaridad. Y ello constituye un buen test de la posibilidad del amor. A lo largo de una relación podemos vernos situados en algunos momentos en posiciones de debilidad o inferioridad jerárquica frente al amado en lo que se refiere al saber, al poder o al tener. Es probable que uno sea tratado como lo hayan sido aquellos a los que el otro considera inferiores.

La solidaridad, al margen de invocaciones morales, se basa en la capacidad de la especie humana de tener empatía. Es algo que no viene dado tanto por una decisión voluntaria como por una característica humana tan necesaria que parece tener una clara base biológica. Existen unas células cerebrales que se denominan *espejo*, que hacen que sintamos lo mismo que sienten otras personas, aunque no sea esa nuestra experiencia. Y eso constituiría la base biológica del valor denominado *solidaridad*. Venimos equipados de serie con esa capacidad empática. Solo con voluntad y esfuerzo nos podemos desconectar de ello y comportarnos con frialdad, desprecio y agresividad con aquel que vemos o intuimos que está en una posición de dependencia o debilidad. Esta impiedad que raya en la crueldad, aun amortiguada por la intensidad del enamoramiento, augura un territorio imposible. La arrogancia con el débil, que suele ir unida a la debilidad con el fuerte, es incompatible con el amor.

Demos un salto casi mortal. Un ambivalente mensaje de las organizaciones fascistas juveniles de la España de Franco era este: «Vale quien sirve». Es fácil ver que este mensaje puede tener dos lecturas radicalmente opuestas. La fascista: vale quien es sumiso, esclavo y obediente. La progresista: vale quien es capaz de estar al servicio de los demás, quien puede controlar un cierto egoísmo natural para poner